Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2025

Benjamín G. Rosado
El vuelo del hombre

1

Hacía algunos años que el profesor Castro había perdido todo contacto con el mundo. Nadie sabía los motivos que lo habían llevado a donar los libros de su biblioteca y a desaparecer sin dejar rastro. Cuando me decidí a escribirle, ni siquiera estaba seguro de que siguiera con vida. Comencé enviando correos electrónicos a todas las editoriales en las que había publicado, lo intenté también por carta e incluso llamé a la universidad donde había dado clases. «Pierde usted el tiempo», me previno una voz al otro lado del aparato. Al final se me ocurrió mandar un fax a un número que encontré en la página legal de uno de sus ensayos y, por alguna razón, aquello dio resultado. El viejo profesor accedería a recibir a un desconocido estudiante de doctorado dispuesto a cruzar el Atlántico para lanzarle unas cuantas preguntas. Media hora sería suficiente, rogué en mi misiva. Al cabo de varios días, el eminente lingüista y catedrático de Literatura me citaba en su casa de Valparaíso por medio de una nota redactada de su puño y letra. Encontré su respuesta en la bandeja del fax del despacho que compartía en la segunda planta de la Facultad de Filología. Fue una simple casua-

lidad, o acaso una advertencia, que se imprimiera durante la madrugada del dos de noviembre de 2001, Día de Difuntos.

No había tiempo que perder. Dos meses antes, varias revistas científicas se habían hecho eco de un asombroso descubrimiento llamado a cambiar el curso de la lingüística moderna, un nuevo paradigma que nos permitiría volver a enfrentarnos, tal y como había vaticinado Wittgenstein, al embrujo del entendimiento del lenguaje. El hallazgo, sin embargo, apenas tuvo repercusión en la prensa, que en aquellos días empleaba todos sus recursos en esclarecer las causas y previsibles consecuencias de los trágicos atentados de Nueva York. Es probable que, de haberse producido un poco antes, el primer gran hito científico del nuevo milenio hubiera recibido un generoso despliegue. En España solo un periódico recogió la noticia en su edición del diecinueve de septiembre. En el faldón de una página par apareció una nota de agencia que daba cuenta, en cuatro sucintos párrafos, del experimento llevado a cabo por un grupo de científicos de la Universidad de Oxford, quienes habían conseguido aislar un gen, al que bautizaron como FoxP2, y demostrar su implicación en la capacidad de los vertebrados para comunicarse.

Ahí estaba, nada más y nada menos, el señor Origen del Lenguaje, una misteriosa criatura prehistórica de la que no se habían encontrado restos fósiles, un inquietante yeti que daría respuesta a infinidad de interrogantes, empezando por los de mi incierto porvenir como doctorando de la Universidad Complutense de Madrid. ¿Era el lenguaje una facultad innata o un conocimiento adquirido en un largo proceso de aprendizaje? La pregunta había enfrentado durante décadas a pensadores de todos

los campos de conocimiento. Yo mismo había estudiado a fondo la gramática universal de Noam Chomsky para mis trabajos de posgrado. En 1957 el lingüista y filósofo estadounidense había formulado una revolucionaria teoría, según la cual todos nacemos con unas estructuras cerebrales anteriores a la adquisición del lenguaje. Su hipótesis se basaba en la facilidad con que los niños aprenden a hablar al tiempo que van reinventando la gramática, creando enunciados de acuerdo a patrones que no han escuchado ni imitado de sus cuidadores. Volver al origen, esa era la palabra, la clave de todo este asunto.

Cuando escribí al profesor Castro, varios especialistas ya se habían pronunciado acerca de las prometedoras implicaciones del FoxP2 en el desarrollo neuronal. Muy pronto, prometía un catedrático de Harvard, tendríamos acceso a los arcanos de nuestra propia inteligencia. De ahí que los organizadores del XXIX Foro Internacional de Lingüística que tendría lugar a finales de año en la Universidad Católica de Valparaíso se hubieran tomado la molestia de convocar en tiempo récord a las grandes estrellas de la disciplina. A todo el mundo le extrañó que Néstor Castro, que había dado clases durante más de treinta años en el aula magna donde se celebrarían las conferencias, declinara la invitación.

El profesor vivía en una casa retirada en el cerro más elevado de Valparaíso. Fueron necesarios dos funiculares para alcanzar el último tramo de cuesta que conducía a una desvencijada construcción de madera. Allí arriba, solo el hormigón de los escalones resistía la embestida del viento, que agitaba con fuerza la techumbre metálica, confundiéndola con una vela. En la entrada, junto al bu-